

Tres preguntas en torno a la propia imagen, la confianza y la solución de problemas

1. Estar contento con uno mismo, de verdad, es muy bueno.

Necesitar superar a los demás para sentirse bien puede ser ambiguo. Sólo sentirse bien cuando se ha superado a los demás y nos reconocen el primer puesto en competición con otros: no me parece la manera más solidaria de educarse.

2. Fiarse nunca empeora a las personas. Los miedos casi

nunca son un certificado ni científico ni de garantía para el crecimiento en la sensatez o en la libertad.

3. Aprender a buscar juntos soluciones a problemas que no son de unos contra otros, sino que son problemas de todos los que viven en una misma casa y forman parte de una misma familia.

1.

Le escuché por la radio: «Sólo se está favoreciendo una buena educación cuando los alumnos y los hijos crecen en una visión positiva de sí mismos». Estas, o palabras muy parecidas, fueron las que yo le oí. La víspera, mi hija de 2.º de BUP (Anabel), al llegar a casa había comentado: «Soy la primera de la clase», y una hermana mía, que estaba con nosotros en ese momento, se lo afeó diciendo: «¿Cuánto mejor serías si en vez de andar por ahí diciendo que eres la primera de clase fueses menos presumida y más sencilla, sin andar cacareando tus propios méritos por todas partes?»

Y yo, perpleja: ¿será bueno que Anabel, si tiene ese concepto tan positivo de sí misma, lo diga, al menos en un ambiente tan obvio como puede ser su propia casa? ¿o será estúpido que base su seguridad en ser la primera? (J. M.)

Efectivamente, estar satisfecho de sí mismo, de lo que uno es y de lo que uno logra: fortalecer la visión positiva de sí mismo es garantizarlo casi todo en la educación de una persona: su seguridad, su capacidad de comunicación válida, su colaboración grupal, su libertad para el encuentro amoroso...

Estar satisfecho de sí mismo supone, al menos, dos cosas: no estarse engañando y no necesitar competir y ganar a alguien para sentirse bien. Si el acento se pone en ser la primera y desplazar a los demás al «por debajo de mí», entonces el sentimiento no es simplemente visión positiva de uno mismo.

Muchas veces los sistemas escolares o muchos de los comentarios familiares meten a los chicos en esta dinámica competitiva, de compararse para superar a los demás, en vez de centrarse en los valores positivos que se tienen, en los logros que se alcanzan y en ser más creativos y estar más satisfechos por lo que realmente se tiene, que amargados o envidiosos por lo que no se tiene.

Estar contento con uno mismo, de verdad, es muy bueno. Necesitar superar a los demás para sentirse bien, puede ser ambiguo. Sólo sentirse bien cuando se ha superado a los demás y nos reconocen el primer puesto en competición con otros: no me parece la manera más solidaria de educarse.

2.

Hace dos años nuestro hijo mayor, Alberto, cumplió 10 años. Por ser un cumpleaños muy especial (su primera decena) nos pidió como regalo que le dejásemos hacer, en el día de su cumpleaños, todo lo que él quisiese. Era

un chico tan normal, tan sensato, que nos pareció muy normal concedérselo y así lo hicimos. Fue un día precioso y muy pleno para nosotros y para él.

Pero dentro de un mes su hermana Aurora va a cumplir 10 años y lleva ya no sé cuánto tiempo diciéndonos que nos va a pedir, por sus 10 años, el mismo regalo que su hermano: un día viviendo durante todo el día tal como ella quiera, sin ningún límite por nuestra parte y, claro, no vemos lo mismo la petición y pretensión de Aurora; nos aterra, porque Aurora es imprevisible, pero, desde luego, va a salirnos con unas exigencias absurdas. Si le decimos que sí, nos exponemos a lo peor. Si le decimos que no, la discriminamos con respecto a su hermano. A ella lo menos que le va a parecer



Joaquín M.
García de Dios

«Si surge el conflicto, el conflicto es de todos y hay que solucionarlo entre todos.»

es una injusticia, un nuevo argumento de que a su hermano todo y a ella nada.

Un consejo sensato en este momento sería el mejor regalo que nosotros, sus padres, podríamos recibir (H. B.).

Por supuesto, fiaros de ella y concededle el regalo suyo; no le llaméis el mismo de su hermano, no. Es a ella a quien le regaláis el regalo que pide.

El regalo no va a ser (ni lo va a sentir ella así) cada cosa que pide, sino el fiarse de ella. Y eso sólo le va a hacer crecer, merecer la confianza que se le da; no se trata de destruir los prejuicios que parece tener de que la discrimináis respecto a su hermano; se trata de que ella pide a sus padres que se fíen de ella y sus padres se fíen.

No entréis en el terreno de la llamada justicia de comparación o en la amenaza de los agravios comparativos, no; el regalo a Aurora es el que pide Aurora y sus padres le dan.

La fantasía también puede tener su juego, con este motivo jugar a adivinar lo que os va a pedir. Veréis a dónde os lleva vuestra fan-

tasia cuando está llena de miedo o cuando está serena, o cuando es capaz de expresarse divertidamente.

Y disfrutar con vuestra hija de su cumpleaños. ¡A lo mejor resulta que ese va a ser el primer día en el que va a ser ella la que se ponga límites, en el que no va a tener que estar chocando con los que aguantan impuestos todos los demás días del año!

Fiarse nunca empeora a las personas. Los miedos casi nunca son un certificado ni científico ni de garantía para el crecimiento en la sensatez o en la libertad.

3.

Vivimos en la casa los cuatro de la familia (los dos padres y los hijos: uno de 12 años y el otro de nueve). Y, además, el abuelo: ochenta y dos años y enfermo bastante impedido, habitualmente en la cama o sentado en su sillón. Yo, su hija, le atiendo y le cuido con mucho gusto y le acompaño siempre que quedo un poquito libre de mis quehaceres. Y cuando no puedo estar con él, siempre me pide que le deje la puerta entreabierta porque se siente mejor escuchando y siguiendo los sonidos familiares de la casa: salidas y entradas, conversación de la comida...

Pero mis hijos, los dos, cada vez que pasan por el pasillo le cierran la puerta. Yo les pregunto que por qué se la cierran, cuando saben que él la prefiere siempre abierta. Ellos, hasta ahora, nunca me han dado una contestación a mi pregunta. Se rien, se dan la vuelta y lo vuelven a hacer en la primera ocasión (S. D.)

Casi todo lo que digamos va a sonar a interpretación: ¿por qué lo hacen? Respuestas posibles; celos de que se cuide tanto al abuelo, miedo a ver de cerca la enfermedad y la muerte que se llega a la casa y como que no quieren aceptar esa realidad, prueba de fuerza poniendo en claro los límites de la paciencia de la madre... y cualquier otra fantasía que se nos pueda ocurrir.

Pero, ¿por qué no conversar en vez de interpretar? Creando el ambiente, abordando la realidad con serenidad, no empleando expresiones que ya supongan que se está en una postura de medirse las fuerzas o de ponerse a la defensiva de una presunta agresión... Realmente dialogar y saber lo que está pasando. Y después tomar juntos la decisión participativamente. El abuelo tiene que ser tenido en cuenta. Ellos también tienen que ser tenidos en cuenta. La madre también. Y si surge el conflicto, el conflicto es de todos y la solución hay que crearla entre todos.